

# COPLAS EN MEMORIA DE LOS SIETE DOLORES DE LA VIRGEN.

meditando los cuales, se ganan innumerables indulgencias, concedidas por diferentes Sumos Pontífices.

(41)



## Primer dolor.

Pecador, si á mis dolores  
quieres tener devocion,  
alcanzarás mil favores,  
y por tal intercesion  
te alzarás de tus errores.

Si en siete dias cabales  
mis dolores tú contemplas,  
ganarás contra tus males  
veinte y un mil y trescientas  
indulgencias parciales.

No pienses que en escucharlos  
de paso, tenga yo el gusto,  
sino que has de contemplarlos  
con sentimiento; que es justo  
que me ayudes á pasarlos.

Contempla en el primer dia  
los filos de aquesta espada  
que traspasó el alma mia,  
cuando escuché declarada  
tan amarga profecía.

Presenté en el templo á mi Hijo,  
como la ley lo mandaba,  
y Simeon con regocijo  
en sus brazos lo tomaba,  
y estas palabras me dijo:

O madre, este Hijo amado  
y hermoso que tanto estimas,  
lo verás presto azotado  
y coronado de espinas,  
y morir crucificado.

Si contemplas el dolor  
tan amargo que sentí  
con esa nueva de horror,  
habrás por medio de mí  
el perdon del Salvador.



## Segundo dolor.

En este dolor segundo,  
para matar á mi Hijo,  
mandó Herodes iracundo  
degollar, ¡duelo prolijo!  
los inocentes del mundo.

Un ángel del cielo vino,  
y avisó á mi amado Esposo,  
que emprendiésemos camino,  
pues viene Heródes furioso  
con su ejército maligno.

Con gran dolor en mis brazos  
tomé á mi Hijo, y á Egipto  
nos fuimos con tristes pasos  
yo y mi Esposo, ¡qué conflicto!  
mi pecho se hace pedazos.

A cada instante volvía  
los ojos, por ver si acaso  
el tirano nos seguia;  
desmayando á cada paso  
con tan mortal agonía.

Sin la menor prevencion,  
sin dormir ni descansar,  
quebrantado el corazon,  
camimaba sin parar,  
contemplad con que afliccion.

Unos ladrones sin tasa  
nos salieron, y un ladrón  
escuchando lo que pasa,  
ablandó su corazon,  
y nos hospedó en su casa.

Haz tú como aquel ladrón,  
compadécete de mí  
en tan amarga afliccion;  
que lo que yo haré por ti,  
es conseguírte el perdon.



## Tercer dolor.

El tercer dolor; tres dias  
tuve perdido mi bien,  
contempla mis agonías,  
que tú llorarás tambien  
las amargas penas mias.

Yo y José, mi esposo amado,  
con Jesus al Templo fuimos,  
y habiendo los tres llegado,  
un grande concurso vimos  
de gente allí congregado.

La gran fiesta que allí habia  
habiéndose ya acabado,  
yo del Templo me salia,  
y José con gran cuidado  
por otra puerta venia.

Y juntándonos los dos,  
á mi esposo pregunté:  
José, ¿y el Hijo de Dios?  
Maria, yo no lo sé,  
pues juzgué que iba con vos.

Ya mi corazon partido  
con una angustia tan fuerte,  
quedó como sin sentido,  
llorando la amarga suerte  
de ver á Jesus perdido.

Tres dias fui preguntando  
con sus noches, ¡qué tormento!  
yo y José siempre llorando,  
hasta que le hallé en el templo  
con los sabios disputando.

Si á Jesus tienes perdido  
por la culpa, ven á mí,  
cuando te halles afligido;  
que como lo hagas así,  
tendrás descanso cumplido.



## Cuarto dolor.

El cuarto dolor fué, cuando  
con la carga sin mesura  
vi á mi Hijo caminando  
por la calle de amargura,  
cada instante tropezando.

Siendo la sentencia dada,  
vino Juan á mi retiro,  
y me dió aquesta embajada;  
yo dando un tierno suspiro  
quedé como desmayada.

Con valor que me dió el cielo  
en angustia tan crecida,  
caminaba con anhelo  
á ver el bien de mi vida,  
afligida y sin consuelo.

Llegué á la calle cruel,  
donde me paré á escuchar  
las voces de aquel tropel,  
que un instante sin parar,  
todos blasfemaban de él.

La trompeta y el pregon  
decia: muera el malvado,  
facineroso, ladrón;  
y pague crucificado,  
su infame predicacion.

Rompí por entre la gente,  
y con mi Hijo abrazada,  
le hablaba allá interiormente  
con la garganta anudada  
de dolor tan vehemente.

Si aqueste amargo dolor  
imprimes en tu memoria,  
te aseguro, pecador,  
que conseguirás la gloria,  
prenda de inmenso valor.



## Quinto dolor.

El quinto fué tan penoso,  
que es digno de contemplar;  
cuando á mi Hijo precioso  
yo misma le ví enclavar  
en la cruz como alevoso.

Llegamos á la montaña  
del Calvario, y por despojos  
le arrancan con ira y saña  
á la lumbre de mis ojos  
la túnica, ¡cosa estraña!

Cuando le ví despojado,  
renovadas las heridas,  
todo el cuerpo destrozado,  
crecieron las ansias mias  
al verle tan maltratado.

Que se extendiese, ordenaron,  
en la cruz, y él con paciencia  
hizo lo que le mandaron,  
y con tirana insolencia  
pies y manos le enclavaron.

Y despues la cruz volvieron  
aquellos sayones bravos,  
sobre su faz la pusieron,  
y remacharon los clavos,  
con que mis penas crecieron.

Despues aquellos sayones  
la santa cruz levantaron,  
con blasfemias y baldones  
el sacro cuerpo dejaron  
en medio de dos ladrones.

Si dolor tan vivo y fuerte  
te ocupas en meditar,  
llorando mi amarga suerte;  
yo te prometo ayudar  
en las ansias de tu muerte.



## Sexto dolor.

El sexto; con tiernos lazos  
al Hijo de mis entrañas  
difunto, y hecho pedazos  
por las malicias estrañas,  
lo pusieron en mis brazos.

Dos santos varones vieron  
mi tristeza y amargura,  
y á Pilatos le pidieron  
para darle sepultura  
licencia, y la consiguieron.

Y luego desenclavaron  
aquel cuerpo sacrosanto,  
y en mis brazos lo entregaron:  
con un lienzo limpio y blanco  
al punto lo amortajaron.

Con ungüentos olorosos,  
que prevenidos traian,  
le ungieron estos piadosos  
varones, que me asistian  
en lances tan lastimosos.

Yo que lo estaba mirando  
de los pies á la cabeza,  
mi dolor siempre avivando,  
con una amarga tristeza  
le decia suspirando:

Hijo mío muy amado,  
quien os puso esas espinas?  
quien abrió aqueste costado?  
quien vuestras manos divinas?  
quien esos pies taladrado?

Si este dolor tan amargo  
contemplas dejando el vicio,  
de lo que Dios te hará cargo  
en el dia del juicio,  
yo daré por ti el descargo.



## Septimo dolor.

El séptimo, ¡ó que asunto,  
pecador! esto es muy fijo,  
que toda me descoyunto  
al hallarme sin mi Hijo  
ya ni vivo ni difunto.

Los varones con quebranto  
me decian: Gran Señora,  
no os entreguéis mas al llanto,  
que ya es llegada la hora  
del entierro sacrosanto.

Mitigad tanto tormento,  
cese ya esa pena dura,  
dadnos el cuerpo sangriento,  
para darle sepultura  
en un nuevo monumento.

Pero yo aunque agradecia  
fineza tan amorosa,  
dándoselo les decia:  
Tomad esa prenda hermosa,  
del Hijo que mas queria.

San Juan y la Magdalena  
me llevaron de los brazos,  
todos cargados de pena,  
fuimos siguiendo los pasos  
donde el sepulcro se ordena.

Llegamos al monumento,  
donde con piedad honrosa  
pusieron el cuerpo dentro,  
cubriéndole con la losa:  
contemplad mi sentimiento.

Todas estas siete espadas  
pasaron mi corazon;  
si de ti son contempladas,  
gozarás el galardón  
en las celestes moradas.



